

*Bestiario Galdosiano. Metáforas del monstruo en la definición del pueblo en las novelas históricas y los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós<sup>1</sup>*

*Scheherezade Pinilla Cañadas (Universidad Complutense de Madrid)*

“Il est triste, quand on s’endort dans une bergerie, de trouver à son réveil les moutons changés en loups »

H. Taine, *Les Origines de la France Contemporaine*

La tríada infernal del siglo XIX estaba compuesta por los demonios, los bárbaros, y las bestias feroces. La imagen del demonio incidía en la dimensión escatológica del gran combate entre el Bien y el Mal y los adversarios sociales o ideológicos, aquellos que deseaban algo distinto, se convertían, automáticamente, en instrumentos al servicio del Diablo. Tanto para los conservadores como para los defensores del progreso, la historia se presentaba como una lucha entre las potencias de la luz y las fuerzas de las tinieblas. La fórmula “nuevos bárbaros” aparecía, por primera vez, en 1831, aplicada a los *canuts revoltés* de Lyon. Pero el bárbaro podía ser salvado, siempre que no irrumpiera en hordas terribles. Cosa muy distinta ocurría con la bestia feroz; ésta no era, en ningún caso, mejorable. Era el enemigo puro y su garra había provocado la última herida en el largo duelo que se venía manteniendo entre “la barbarie de la mano y la civilización de la cabeza<sup>2</sup>”: *la Commune de Paris*.

La mayoría de los escritores se negó a buscar causas políticas o sociales del acontecimiento. Del Apocalipsis sólo se podía dar razón con las imágenes: “En todas

---

<sup>1</sup> La primera versión de este trabajo fue defendida en el marco de la *Kentucky Foreign Language Conference* de la University of Kentucky (USA), en abril de 2006. Ahora se presenta en el seminario de la Fundación Ortega para su discusión. Además, forma parte de un proyecto de tesis sobre el gran hombre y el pueblo en las obras de Balzac y Galdós, dirigido por la profesora María Luisa Sánchez-Mejía.

las ciudades-escibe T. Gautier- hay fosas con leones, cavernas de espesos barrotes donde están encerradas las bestias salvajes, las bestias hediondas, las bestias venenosas y todas las perversidades refractarias que la civilización no ha logrado amansar (...) ; población inmunda, desconocida hasta hoy, que bulle siniestramente en las profundidades de las tinieblas subterráneas (...) Abiertas las jaulas, las hienas del 93 se unen a los gorilas de la Comuna<sup>3</sup>.” A falta de metáforas propias, el joven Galdós se armó de todo este vocabulario animalesco en su primer enfrentamiento literario-*La Fontana de Oro* (1868-1870) y *El Audaz* (1871)<sup>4</sup>- con ese magma de múltiples significados llamado pueblo.

La psicología social vino en ayuda del neófito y revistió esa poética del horror con el ropaje de la ciencia. Las teorías de Scipio Sighele (*La folla delinquente*, 1892), Gustave Le Bon (*Psychologie des foules*, 1895) o Gabriel Tarde (*L'opinion et la foule*, 1901) partían del advenimiento efectivo de la multitud como nuevo actor colectivo e intentaban describir, con esquemas prestados de la medicina, las leyes de funcionamiento<sup>5</sup> de un enigma poco dado al autorretrato. Lejos estamos de los candorosos ejemplos de autoanálisis titulados *Les Français peints par eux-mêmes* o *Los españoles pintados por sí mismos*, auténticos inventarios del estado social aparecido tras la Revolución Francesa.

---

<sup>2</sup> Balzac, H. (1969): *Correspondance*, T. V, Éditions Garnier Frères, Paris, p. 321. [Todas las traducciones del artículo han sido realizadas por la autora]

<sup>3</sup> Cit. en Lidsky, P. (1999): *Les écrivains contre la Commune*, Éditions La Découverte, Paris, p. 46.

<sup>4</sup> Galdós participaba del espíritu de su tiempo, pues, como dice J. Álvarez Junco, los ecos de la Comuna trajeron oleadas de literatura sobre la cuestión social. Cfr. Álvarez Junco, J. (1981): “La literatura sobre la cuestión social y el anarquismo”, en VVAA, *Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara)*, I, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid, p. 392. A tenor de lo expuesto, no puedo compartir las tesis de C. Zlotchew, quien pretende descubrir (con cierto entusiasmo) en las dos novelas citadas a un psicólogo de las multitudes *avant la lettre*. Cfr. Zlotchew (1977): “Galdós and Mass Psychology”, *Anales Galdosinanos*, XII.

<sup>5</sup> Barrows, S. (1990): *Miroirs déformants. Réflexions sur la foule en France à la fin du XIXe siècle*, Aubier, Paris, p. 11 y 45.

Las más de cincuenta ediciones y la veintena de traducciones de la *Psychologie des foules*<sup>6</sup> dan idea de la magnitud de ese nuevo *gran miedo*. El número no era sólo la multitud y el cortejo de imágenes fantasmagóricas que la acompañaban. El número era también aquello que no se podía nombrar o describir, lo que no tenía forma, lo irrepresentable o indeterminable; lo que se opone radicalmente a la idea de sustancia de la sociedad. El número, sencillamente, descomponía la unidad, liquidaba la identidad<sup>7</sup>. El desarrollo espectacular de las ciencias sociales en esta época no era sino una respuesta -parcial- al problema de la configuración de lo social<sup>8</sup>.

El elogio a la “formidable clase media” -de “poder omnímodo”- pretendía recuperar la reconocida y reconocible estructura social ternaria, acallando los miedos que provocaba una sociedad en plena metamorfosis, un orden siempre inacabado en el que sólo se distinguía la inmovilidad arriba y la agitación abajo<sup>10</sup>.

### *De corpore*

El monstruo, como nos revela Valéry, se ocultaba en las entrañas del concepto clave: “La palabra pueblo, por ejemplo, tenía un sentido preciso cuando podía reunir a todos los ciudadanos de una ciudad en una colina, en un Campo de Marte. Pero el aumento del número, el paso de un orden de los mil a un orden de los millones ha

---

<sup>6</sup> Rosanvallon, *Le peuple introuvable. Histoire de la représentation démocratique en France*, Éditions Gallimard, Paris, p. 110.

<sup>7</sup> Hardt, M. y Negri, T. (2006): *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*, De Bolsillo, Barcelona, p. 128.

<sup>8</sup> Rosanvallon, *op. cit.*, p. 33.

<sup>9</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Los apostólicos”, *Los Episodios Nacionales*, II, Editorial Aguilar, Madrid, p. 881. Y también cfr. Pérez Ledesma, M. (1989): “La imagen de la sociedad española a finales del siglo XIX”, en Guereña, J.L.(ed): *Clases populares, Cultura, Educación, Siglos XIX-XX, Coloquio Hispano-Francés (Casa de Velázquez, Madrid, 15-17 de junio de 1987)*, Casa de Velásquez-UNED, Madrid, p. 98.

<sup>10</sup> Tocqueville, A. (1964): *Souvenirs*, Folio, Gallimard, Paris, p. 85.

hecho de esta palabra un *término monstruoso*<sup>11</sup> cuyo sentido depende de la frase en la que se coloque; ya designa la totalidad indistinta y jamás presente en ninguna parte; ya al mayor número, opuesto al número restringido de los individuos más afortunados o cultivados....<sup>12</sup> Esta incertidumbre sociológica nos permite distinguir, de acuerdo con P. Rosanvallon<sup>13</sup>, dos cuerpos del pueblo. De un lado, el pueblo-nación, un cuerpo pleno y denso que vive del principio de unidad que expresa<sup>14</sup>. Fuera de él no existe la política, sólo dominación o revuelta. De otro, el pueblo-sociedad, una forma sin formas.

El pueblo es potencia y enigma: amenaza el orden político al tiempo que lo funda. Jamás coincide consigo mismo; aparece por encima de sí, descubriéndose en la invención de la libertad y de la nación, como en el caso de la Guerra de la Independencia; o se nos muestra por debajo de sí mismo, expuesto a la servidumbre, como en el caso de *La Revolución de Julio*: “El Carnaval revolucionario, con chafarrinones de sangre y fuego, se acababa pronto. Los dioses, envidiosos del hombre, lo reducían a breves horas. En éstas, los bromazos no llegaron al trágico desenfreno de las revoluciones más señaladas en la Historia. Casi todos los muertos eran de la clase humilde. El Carnaval de la turba emancipada ofreció la tremenda ironía de que, vistiéndose de jueces, las máscaras resultaron víctimas<sup>15</sup>.”

En cuanto potencia, se convierte en fuente de toda legitimidad, protagoniza el relato del origen que define el presente. Así lo entendió, en 1873, un periodista de cierto nombre que anhelaba hacer a sus contemporáneos históricamente conscientes,

---

<sup>11</sup> Cursivas mías.

<sup>12</sup> Valéry, P. (1945): *Regards sur le monde actuel et autres essais*, Folio, Gallimard, Paris, p 15.

<sup>13</sup> Rosanvallon, *op. cit.*, p. 31.

gracias a un proyecto de educación cívica que recreaba el mágico momento en el que “las miserias de los partidos (...) no (...) debilitaban el formidable empuje de la nación (...) las discordias de arriba no habían cundido a la masa común del país, que conservaba cierta inocencia salvaje, con grandes vicios y no pocas prendas eminentes, por cuya razón la homogeneidad de sentimientos sobre que se cimentara la nacionalidad era aún poderosa...”<sup>16</sup>”

En la España de 1808, la vieja distinción entre *plebs* y *populus* desaparece milagrosamente. El referente social pueblo es el más extendido. La celebración del nuevo sujeto colectivo borra todas las diferencias entre los hombres e ilustra un nuevo tipo de igualdad ante la soberanía. En la Primera Serie, pueblo es un concepto totalizador, trasunto de la nación en armas: “la multitud aumentaba... Componíanla personas de ambos sexos y de *todas las clases*<sup>17</sup> de la sociedad, espontáneamente reunidas por uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informulos, que no parten de ninguna voz oficial y resuenan de improviso en los oídos de un pueblo entero<sup>18</sup>.”

Pueblo es el aristócrata Diego de Rumblar (*Bailén, Cádiz*), quien, pese a su ridículo carácter, acaba por tomar parte en la empresa nacional, a las órdenes del general Castaños. Pueblo es el noble que contribuye con su donativo al sostenimiento del ejército de Andalucía<sup>19</sup>. Pueblo es el terrateniente Montoria de *Zaragoza*, dispuesto a sacrificar a sus hijos y su hacienda en la pira colectiva. Pueblo es el sufrido

---

<sup>14</sup> Desbrousses, H. (2003) : «De l’institution du peuple en sujet politique et de sa destitution », en Desbrousses, H. (dir), *Le peuple. Figures et concepts. Entre identité et souveraineté*, François-Savier de Guibert, Paris, p. 158.

<sup>15</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “La revolución de julio”, *op. cit.*, IV, Aguilar, Madrid, p. 416.

<sup>16</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Gerona”, *op. cit.*, I, p. 754.

<sup>17</sup> Cursiva mía.

<sup>18</sup> Pérez Galdós, B. (1996): “El 19 de marzo y el 2 de mayo”, *op. cit.*, I, p. 432.

<sup>19</sup> Pérez Galdós, B. (1996): « Bailén », *op. cit.*, I, p. 498.

médico Nomdedéu, que permanece en Gerona, aunque con ello ponga en riesgo la salud de su hija Josefina. Pueblo es el padre Rull que se encarama a la muralla de la ciudad para enfrentarse a los franceses y Mosén Antón Trijueque, que no duda en abandonar los oficios para unirse al *Empecinado*. Pueblo es la *plebs tremendae* milagrosamente transformada cuando acude “al llamamiento de la disciplina moral de su Patria oprimida<sup>20</sup>.” Este *pueblo-totalidad*, este *pueblo-todo* desaparecerá con la Segunda Serie (iniciada en julio de 1875) de *Episodios Nacionales* como hiciera, en el nivel de la realidad, ante las sucesivas apelaciones de exaltados, progresistas, republicanos, regeneracionistas o anarquistas<sup>21</sup>.

El pueblo-enigma resulta más difícil de identificar, y esta indeterminación llevó a los escritores a volver sus ojos hacia lo violento, lo extraordinario<sup>22</sup>. La mayoría de los autores-y Galdós no fue una excepción- asumió la premisa de partida de la filosofía política, la distinción entre los pocos y los muchos, y describió con profusión la caída, el reinado del Mal, decantándose por el lado de lo fantástico hasta convertir al pueblo en el gran monstruo del bestiario político del siglo XIX. En la elaboración original del yo colectivo, el exceso de material humano pudo ser absorbido mediante la metáfora del monstruo. Provista del arsenal retórico que proporcionaba la psicología social, la inteligencia burguesa pudo sustituir la multitud spinoziana, una pluralidad de hombres existiendo para sí mismos, por una cristalización corporal paradójicamente irreducible. Esta figura de la desmesura fue definida como un fenómeno esencialmente pre-político, puesto que “en una multitud

---

<sup>20</sup> *Idem*, p. 497.

<sup>21</sup> Cfr. Álvarez Junco, J. (2004): “En torno al concepto de “pueblo”, de las diversas encarnaciones de la colectividad como sujeto político en la cultura política española contemporánea” en VVAA, “Pueblo, ciudadanía y otros conceptos políticos”, *Historia Contemporánea*, 28, I, p. 89.

que todavía no ha sido reducida a una persona...permanece ese mismo estado de naturaleza en el que todas las cosas pertenecen a todos los hombres<sup>23</sup>.” Se recurría al monstruo, puro artefacto, pura composición, para dibujar los perfiles de una criatura hobessiana “horrible<sup>24</sup> de ver.”

La multitud no es cuerpo político, es carne viva que se opone a toda idea de sustancia<sup>25</sup>. Un sujeto social que permanece múltiple no puede mandar, sólo puede ser mandado. El concepto de multitud acababa, así, con la visión romántica de un sujeto democrático consciente de sus deseos. El gran número es siempre esa “canalla indomesticable, de esa que no sirve sino para hacer *pueblo*, para gritar, para meter bulla; de esa que en los días solemnes, desacredita las mejores causas, entregándose a la ferocidad que le inspiran su cobardía y su apetito.<sup>26</sup>” La chusma se encontraba en perpetua situación de servidumbre y su subjetividad era sólo una subjetividad a medias, algo que no se daba *entre-los-hombres*. Nada más lacerante que el adjetivo “emancipada” referido a una turba que no era más que un amasijo de sangre y fuego y cuyo deseo de libertad había quedado reducido “a un soez pataleo<sup>27</sup>”

“El populacho es algunas veces sublime, no puede negarse. Tiene horas de heroísmo, por extraordinaria y súbita inspiración que de lo alto recibe; pero fuera de estas ocasiones, muy raras en la Historia, el populacho es bajo, soez, envidioso, cruel y, sobre todo, cobarde.<sup>28</sup>” En su grandeza, es menos que un hombre y su anatomía es

---

<sup>22</sup>Michelet se lamentaba de que los escritores franceses- el primero, Balzac y su *Les paysans*- se hubieran entregado a la pintura de la excepción, presentándola con pretensión de verdad. Cfr. Michelet, J (1974): *Le peuple*, Garnier Flammarion, Paris, p. 63.

<sup>23</sup> Hobbes, T. (2000): *De cive*, Alianza Editorial, Madrid, p. 123.

<sup>24</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Prim”, *op. cit.*, IV, p. 909 y también “El audaz”, *op. cit.*, p. 525.

<sup>25</sup> Merlau-Ponty, M. (1977): *Le visible et l'invisible*, Tel, Gallimard, Paris, p. 127.

<sup>26</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Un faccioso más y algunos frailes menos”, *op. cit.*, II p. 1009.

<sup>27</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “La revolución de julio”, *op. cit.*, IV, p. 416.

<sup>28</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “El equipaje del rey José”, *op. cit.*, II, p. 157. Este carácter dual-la *fluctuatio animi*- de la multitud también sería señalado, entre otros, por Gustave Le Bon y Gabriel Tarde, en

una anatomía enferma, expresión de su sufrimiento en la *barricada-Gólgota*<sup>29</sup>: “los muertos de revoluciones, tirados en las calles, los cadáveres sin cabeza o los trozos de cuerpos descuartizados por la artillería nos dan impresión de terror más espeluznante que ninguna otra clase de muertes, y el espanto llega a su colmo cuando vemos vivos, con la mitad de su naturaleza muerta, un tronco que alienta, arrastrando extremidades difuntas, o un agonizante que enloquece y pide que acaben de matarle<sup>30</sup>.”

En su *terribilitá*, es una bestia de diversas encarnaciones: “camello<sup>31</sup>”, “bozal muchedumbre”, “deidad harapienta”, “perros hambrientos”, “furia inmundá”, “hiena<sup>32</sup>”, “toro<sup>33</sup>”, “fiera”, “gatazo<sup>34</sup>”. Todas estas referencias no reducen a lo determinado al “gran monstruo”, un “inmenso pólipo” formado por “miembros multiplicados<sup>35</sup>”, por “moléculas” que cambian de sitio a cada instante<sup>36</sup>. Galdós no delimita sus contornos –aunque no olvida pintar el “fulgor de sus ojos” o la “espuma de sus labios<sup>37</sup>”, prefiere insistir (con la clara intención de aumentar el espanto del lector) en las potencias sonoras de una quimera que grazna, brama<sup>38</sup>, maya, aulla o chilla<sup>39</sup>. El “indigno enjambre<sup>40</sup>” proporciona un espesor particular que se diluye

---

cuyas obras encontramos pasajes muy similares a los de Galdós. Cfr. Le Bon, G. (1895): *Psychologie des foules*, Félix Alcan, Paris, p. 21 y Tarde, G. (1899) : *L'opinion et la foule*, PUF, Paris, p. 53.

<sup>29</sup> Furieux, E. (1997): «De l'autel de l'anarchie au Golgotha: la barricade de juin 1848 en représentation », en VVAA, *La barricade. Actes du colloque organisé les 17,18 et 19 mai 1995 par Le Centre de recherches en Histoire du XIXe siècle et la Société d'histoire de la révolution de 1848 et des révolutions du XIXe siècle*, Publications de la Sorbonne, Paris, p. 230.

<sup>30</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Los Ayacuchos”, *op. cit.*, III, p. 954.

<sup>31</sup> Pérez Galdós, B. (1993): “La Fontana de Oro”, *Novelas*, I, Biblioteca Castro, Turner, Madrid, p. 198.

<sup>32</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “El equipaje del rey José”, *op. cit.*, II, p. 157 y 635.

<sup>33</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Napoleón, en Chamartín”, *op. cit.*, II, p. 603.

<sup>34</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “El 19 de marzo y el 2 de mayo”, *op. cit.*, I, p. 391.

<sup>35</sup> Pérez Galdós, B. (1993), “La Fontana de oro”..., *op. cit.*, p. 198.

<sup>36</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “La revolución de Julio”, *op. cit.*, IV, p. 418. Le Bon también hace referencia al carácter fugaz de la multitud, un ser provisional compuesto de células que se funden por un momento. Cfr. Le Bon, G. (1895), *op. cit.*, p. 15

<sup>37</sup> Pérez Galdós, B. (1993): “El audaz”, *Novelas*, I, Biblioteca Castro Turner, Madrid, p. 527.

<sup>38</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Los cien mil hijos de San Luis”, *op. cit.*, II, p. 635.

<sup>39</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “El 19 de marzo y el 2 de mayo”, *op. cit.*, II, p. 391.

<sup>40</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “El equipaje del rey José”, *op. cit.*, II, p. 157.

hasta adquirir calidades viscosas (“ignominioso sello de inmundicia”, “fango”<sup>41</sup>, “creación espantosa del lodo de los caminos”<sup>42</sup>). La plebe es un volcán<sup>43</sup> en erupción, un río sucio que “rompe los diques que, durante siglos, le han contenido y se extiende por el llano con ímpetu destructor.”<sup>44</sup>

El gran número es, en sí mismo, principio de inmoralidad. Que en las multitudes galdosianas corre generoso el vino y descuellan por “el número y el vocerío las hembras, no hay para qué decirlo”<sup>45</sup>. La imagen del pueblo en permanencia es una pintura del exceso, una “horrenda mezcla de bacanal, entierro y marcha de triunfo”<sup>46</sup>. En la escena del ajusticiamiento del héroe de Las Cabezas de San Juan que hallamos en *El terror de 1824* (un título que lo dice todo) sólo faltan las célebres *tricoteuses* para completar uno de esos cuadros de *anarquía espontánea* parisina tan del gusto de Taine:

“Unos corrieron a curiosear en los carros que venían detrás, y otros se metieron en la venta, donde sonaban seguidillas, castañuelas, desaforados gritos y chillidos. Un cuero de vino, roto por los golpes y patadas que recibiera, dejaba salir el rojo líquido y el suelo de la venta parecía inundado de sangre (...) Poco después veíanse hombres que parecían degollados con vida, carniceros o verdugos que se hubieran bañado en la sangre de sus víctimas (...) Como no había cesado de llover, el piso, inundado, era como un turbio espejo de lodo y basura, en cuyo cristal se reflejaban los hombres rojos, las rojas teas, las bayonetas bruñidas, las ruedas cubiertas de tierra, los carros, las flacas mulas, las haraposas mujeres, el ir y venir, la oscilación de las linternas y hasta el barullo, los relinchos de brutos y hombres, la embriaguez inmunda, y por último, aquella atmósfera encendida, espesa, suciamente brumosa, formada por los alientos de la venganza, de la rusticidad y de la miseria...”<sup>47</sup>

Si fechamos los textos citados, la intensidad plástica de las imágenes multiplica su significado. Bajo su impacto visual, se esconde el problema de la capacidad política

---

<sup>41</sup> *Idem.*

<sup>42</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “El terror de 1824”, *op. cit.*, II, 679.

<sup>43</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Los ayacuchos”, *op. cit.*, III, p. 952.

<sup>44</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Napoleón, en Chamartín”, *op. cit.*, II, p. 602.

<sup>45</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “La de los tristes destinos”, *op. cit.*, IV, p. 979. También, “El 19 de marzo y el 2 de mayo”, *op. cit.*, I, p. 391, “El equipaje del rey José”, *op. cit.*, p. 157 y “El audaz”, *op. cit.*, p. 526-7.

<sup>46</sup> Pérez Galdós, B., “La Fontana de Oro”, *op. cit.*, p. 436.

<sup>47</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “El terror de 1824”, *op. cit.*, II, p. 679-80.

del sujeto colectivo. *La Fontana de Oro* (1868-70) y *El Audaz* (1871) se escriben entre los ecos lejanos de la Noche de San Daniel y el fantasma terriblemente presente de la Comuna. La recreación de desórdenes pasados quiere exorcizar un peligro mayor, el de un “pueblo filósofo” educado, “según la escuela de la Internacional<sup>48</sup>”, en la organización y la solidaridad permanente.

Adentrándonos en los *Episodios*, Galdós quiebra, en 1873, *el pueblo-todo* que ocupa el primer plano de la primera serie. La fecha de la excepción es muy significativa. El motín de Aranjuez de *El 19 de marzo y el 2 de mayo* se refleja (de una manera muy peculiar) en los desórdenes de la I República. En novela o en historia, los españoles no sabían qué hacer en el momento constituyente: la soberanía era un juguete que se rechazaba o se destruía. Podían cambiar los vivos- *las caenas* y Fernando por República y Libertad-, eso carecía de importancia. España seguiría “andando a cuatro pies<sup>49</sup>” por muchísimo tiempo.

Le costaría cuatro series de *Episodios* comenzar a erguirse. En la segunda, *Los cien mil hijos de San Luis* (febrero de 1877) o el *Terror de 1824* (octubre de 1877) coinciden en el tiempo con el debate sobre el sufragio universal en el Congreso (1876-1878)<sup>50</sup>. Las descripciones galdosianas<sup>51</sup> abundan en una hipótesis ya verificada con el 71: no hay bozal que frene a esos “que desgarrándose, se separan del cuerpo de la Nación soberana para correr solos.<sup>52</sup>” A quien tuviera dudas, le bastaba con leer los *Episodios* para comprender la necesidad del prudente voto censitario. La tercera

---

<sup>48</sup> Artículo de Galdós de 1872 cit. en Rodríguez Puértolas, J. (1975): *Galdós: Burguesía y Revolución*, Ediciones Turner, Madrid, p. 41.

<sup>49</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “La segunda casaca”, *op. cit.*, II, p. 390.

<sup>50</sup> El debate se prolongó desde las primeras discusiones del proyecto constitucional en abril de 1876 hasta el decreto de diciembre de 1878, por el que se volvía al sufragio censitario.

<sup>51</sup> No hay acento que distinga a la multitud que asalta las Tullerías en *El Audaz* de la plebe fernandina que asiste entusiasmada a la ejecución de Riego en *El terror de 1824*. Las mismas metáforas, los mismos adjetivos, el mismo alcohol, las mismas mujeres.

(1898-1900) y cuarta serie (1902-1907) son hijas del *Desastre*. En ellas, el ser “horrible de ver” (*Prim*, 1906) alterna protagonismo con el mártir de las barricadas (*Los ayacuchos*, 1900). Por entonces, la nación maltrecha buscaba su alma y Galdós un lugar en la política activa.

### *La salida a escena*

Abiertas sus “madrigueras”, la “deidad harapienta<sup>53</sup>” *vulcaniza*<sup>54</sup> la ciudad, la desfigura hasta hacer de ella una siniestra maravilla. Su presencia, su vida, su muerte, su agitación, su respiración, imprimen a la Corte ciertos caracteres dominantes. La turba galdosiana es, fundamentalmente, madrileña; pues incluso los protagonistas del motín de Aranjuez son, en su mayoría, gentes traídas de la capital. Madrid es un ser vivo, un hervidero enorme en perpetuo movimiento, horadado en su geografía por las huellas dejadas por las expansiones del vulgo. Nombres como los de Carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, Cuchilleros, Afligidos, Salitre, Antón Martín, Plaza de la Cebada, Maravillas, San Gil, Alcalá o Arenal<sup>55</sup> son las advocaciones del congreso ambulante que alberga a las “*oscuras* asambleas<sup>56</sup>” del pueblo.

La privación, las servidumbres impuestas por los oficios no alteran la “*execrable fealdad*<sup>57</sup>” del ejército de espectros. El gran número galdosiano aparece

---

<sup>52</sup> Pérez Galdós, B. (1995), “El terror de 1824”, *op. cit.*, II, p. 682.

<sup>53</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “El equipaje del rey José”, *op. cit.*, II, p. 157.

<sup>54</sup> Tomo el concepto de la descripción de los círculos del infierno parisino que sirve de preludeo para la novela de Balzac, *La Fille aux yeux d'or*, cfr. Balzac, H. (1977), *La fille aux yeux d'or*, *La Comédie Humaine*, V, Pléiade, Gallimard, Paris, p. 1042.

<sup>55</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Amadeo I”, *op. cit.*, V, p. 335.

<sup>56</sup> *Cursiva mía*. Pérez Galdós, B. (1995): “Prim”, *op. cit.*, IV, p. 970.

<sup>57</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Napoleón, en Chamartín”, *op. cit.*, II, p. 603.

siempre al margen de su función social. No hace revolución con el trabajo y desaparece entre bambalinas pasado el momento de excitación cinética. Galdós no ve en la blusa un hábito de combate, ni parece gustar de la metonimia favorita de la inteligencia para referirse al bajo pueblo, a la plebe y, cuando lo hace, la transforma de tal modo que la deshumaniza. Las manos de los muchos no son callosas, ni sucias; son, sencillamente, “garras”<sup>58</sup>. Sólo una excepción- en el último episodio, *Cánovas*, de 1912-, la de las manos de la “muchedumbre jornalera de chaqueta y alpargata”, seres de una arcadia distante y laboriosa, completamente desgajada de la grey española y de esas academias del desorden que son las ciudades<sup>59</sup>.

La acción de concierto<sup>60</sup>, fundamento de la condición humana en el sentido de los antiguos, se convierte aquí en el elemento esencial del proceso de bestialización del actor colectivo. “La plebe de los barrios bajos-nos cuenta Jenara Baraona en *Los cien mil hijos de San Luis*<sup>61</sup>- se le había reunido, y como hambrientos perros aullaban, mirando a la Corte con ansia de devorarla. Todo Madrid estaba aterrado.” El cuándo de la movilización no explica el porqué. La acción colectiva es concentración de una materia humana amorfa, pura explosión de los instintos y, en su versión más articulada, agitación ignorante y criminal inducida por quienes desean desprestigiar la

---

<sup>58</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “El equipaje del rey José”, *op. cit.*, II, p. 157.

<sup>59</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Cánovas”, *op. cit.*, V, p. 557. El escritor canario excluye –rasgo, por otra parte, general entre las elites liberales españolas- al campesinado de la definición de pueblo. Excepcionalmente, las masas campesinas aparecen como habitantes de un paraíso perdido. Tal es el caso de Rafael Pérez del Álamo y sus seguidores en la única descripción de intento de revolución social que encontramos en los *Episodios*. Cfr *La vuelta al mundo en la Numancia*, *op. cit.*, IV, p. 779. En la mayoría de los supuestos, las gentes del campo no pasan de ser mero decorado social de las guerrillas contra el francés o del universo carlista. Para un análisis más extenso de lo que aquí se dice ver Pinilla Cañadas, S. *Los bárbaros han llegado. Acción y movilización política en los Episodios Nacionales de Benito Pérez Galdós*, en prensa.

<sup>60</sup> Para un análisis de las formas y significados de la acción colectiva y de las respuestas del Estado a las movilizaciones en la obra galdosiana ver Pinilla Cañadas, S. *Los bárbaros han llegado...*, *op. cit.*

<sup>61</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Los cien mil hijos de San Luis”, *op. cit.*, II, p. 635. Jenara Baraona es la narradora-protagonista del episodio. Como España, se encuentra dividida: esposa de un carlista (Carlos

causa liberal<sup>62</sup>. La metáfora del “carnaval<sup>63</sup>” (las máscaras, que deforman el cuerpo físico; la subversión de los órdenes, que deforma el cuerpo político) pretende curar de un espejismo a quien ve en el monstruo la más mínima traza de humanidad. La multitud –el enigma, la forma sin formas- bloquea el proceso de su conversión en sujeto en el que pretende sea momento de su culminación. Es la multitud contra el pueblo<sup>64</sup>, lo múltiple contra la sustancia.

La movilización es puesta en escena del monstruo y no prerrogativa que distingue al hombre de los dioses y de las bestias<sup>65</sup>. La muchedumbre no se cuida de exponerse a la pluralidad de otros<sup>66</sup>; se congrega ante sí y para sí misma, mirando “con estúpido asombro su espantosa faz en los espejos<sup>67</sup>.” El tumulto crece, se autoengendra; renace porque los muchos ni siquiera comprenden que es necesario detenerse un momento para alcanzar al objeto de su pasión. “La multitud subía y bajaba, abría alacenas, rompía tapices, volcaba sofás y sillones, creyendo encontrar tras alguno de estos muebles al objeto de su ira; violentaba las puertas a puñetazos (...)

---

Navarro) y amante de un liberal (Salvador Monsalud, el héroe de la serie). Estas pasiones antitéticas son reflejo de la España fernandina.

<sup>62</sup> Las palabras de Salvador Monsalud, héroe de la Segunda Serie, nos da idea de la opinión que le merece la justicia y el criterio del pueblo: “No conozco a Vinuesa; pero sí a compañeros y amigos suyos que comparten su suerte en la Cárcel de Villa o de la Corona. He visto la feroz excitación que existe en el pueblo contra ellos, y esta excitación, creada y fomentada por este Orden y más aún por la Asamblea de los Comuneros, es una barbarie y al mismo tiempo una imprudencia por sí mismo. El vil populacho a quien instruí en el inicuo arte de hacerse justicia por sí mismo, aprenderá al cabo, y una vez maestro, querrá dar todos los días una prueba de esa atroz soberanía que le habéis enseñado. Tengo la seguridad de que si el tribunal que va a juzgar a Vinuesa se mostrase benigno, la canalla destrozará a Vinuesa, al tribunal y luego a vosotros, que habéis hecho creer a la bestia la necesidad de los sacrificios humanos.” Galdós repite reflexiones parecidas sobre los desmanes inducidos del vulgo en “O’Donnell”, *op. cit.*, IV, p. 456, “La Revolución de Julio”, *op. cit.*, IV, p. 410, “Napoleón, en Chamartín”, *op. cit.*, II, p. 603, “Los cien mil hijos de San Luis”, *op. cit.*, III, p. 635 y “La Fontana de Oro”, *op. cit.*, p. 443.

<sup>63</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “La Segunda Casaca”, *op. cit.*, II, p. 400 y “La revolución de julio”, *op. cit.*, IV, p.416.

<sup>64</sup> Hobbes, T. (2000), *op. cit.*, p. 204.

<sup>65</sup> Arendt, H. (2005), *La condición humana*, Paidós, Barcelona, p. 51.

<sup>66</sup> Si consideramos que la política es el espacio de la aparición, de exposición ante los otros, el monstruo se define como fenómeno pre-político. *Idem*, p. 225.

<sup>67</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “El 19 de marzo y el 2 de mayo”, *op. cit.*, I, p. 385.

escupía los cuadros de Goya; (...) tenía la voluptuosidad de la destrucción, el brutal instinto tan propio de los niños por la edad como de los que lo son por la ignorancia (...) La rabia del monstruo aumentó (...) Cuando la turba no puede saciar su hambre de destrucción en el objeto humano de su rencor, suele darse el gustazo de tomar venganza en los cuerpos inocentes de los muebles a los que pertenecieron. Así ha ocurrido en todos los motines de nuestro repertorio<sup>68</sup>.”

La multitud, ciega, no se detiene<sup>69</sup>, busca incansablemente enemigos imaginarios sobre los que desfogar su ira y, en su descarga, crea un tipo de igualdad radicalmente ajeno al concepto de autonomía. El pueblo-monstruo “entra...entrando”<sup>70</sup> en la Historia, empujado por la impulsión de su propia inconmensurabilidad. Su deseo es dos veces absoluto, absoluto por la inmensidad del sujeto (los muchos cuentan por su número) y absoluto porque intenta imponerse a todo el cuerpo político.

### *El escritor nacional*

La multitud tumultuosa, la turba urbana<sup>71</sup>, es el gran fantasma que atraviesa las novelas históricas y los *Episodios* de Benito Pérez Galdós. Dada la naturaleza esencialmente reformista<sup>72</sup> de este monstruo (alcanzado el objetivo, siempre regresa a

---

<sup>68</sup> *Idem.*

<sup>69</sup> Pérez Galdós, B. (1993): “El audaz”, *op. cit.*, p. 718. También encontramos esta idea en Taine, H. (1986): *Les origines de la France contemporaine*, Éditions Robert Laffont, Paris, p. 355.

<sup>70</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Luchana”, *op. cit.*, III, p. 355.

<sup>71</sup> El concepto “las masas” aparecen en *Los Episodios* con el siglo XX. El autor utiliza el término, en una brevísima referencia, en *Las Tormentas del 48-* de 1902-, como sinónimo de pueblo. Cfr *Las tormentas del 48, op. cit.*, IV, p. 106.

<sup>72</sup> Hobsbawm, E. (2000): *Rebeldes primitivos*, Crítica, Barcelona, p. 164.

su cauce), la reiteración de ciertos motivos, la audacia de determinadas imágenes sólo encuentra explicación en lo que el escritor tenía ante sus ojos. El juego entre el *tiempo vivido* y el *tiempo narrado* es imprescindible para comprender un proyecto de educación cívica-*Los Episodios Nacionales*- que presenta un pasado re-pensado<sup>73</sup> como cimiento de un futuro que comienza hoy.

Desde esta perspectiva, resultan más comprensibles las sucesivas metamorfosis del pueblo y extraña menos la transformación del silencioso diputado sagastino por Puerto Rico de 1886 en la figura patriarcal que preside la Conjunción republicano-socialista en 1909<sup>74</sup>. Esta evolución ha obsesionado a la crítica galdosiana, siempre empeñada en fechar el punto de contrición del autor de los *Episodios*. Manuel Suárez Cortina ha llevado el momento de la conversión a 1909, fecha de redacción de *El Caballero Encantado*<sup>75</sup>. A su juicio, este experimento narrativo supondría no sólo la superación-en literatura- del realismo y el naturalismo, sino también-en política- la de las “limitaciones liberales y burguesas<sup>76</sup>.” Pedir a Galdós (al menos, al que escribió los *Episodios*) la superación de su propio horizonte es, tal vez, demasiado.

Sin negar la importancia de la fecha señalada por el profesor Suárez Cortina, podríamos retrotraernos en el eje diacrónico hasta la gran conmoción provocada por el *Desastre*. Esta vez, el cuerpo enfermo era el de la misma nación, el del pueblo-todo

---

<sup>73</sup> Galdós llevará al extremo esta idea en la figura de Juan Confusio, autor de una *Historia lógico-natural de los españoles de ambos mundos*, un relato en el que las cosas ocurren como deberían ser. Cfr. Pérez Galdós, B. (1995): “Prim”, *op. cit.*, IV, p. 958.

<sup>74</sup> Ortiz Armengol, P. (2000): *Vida de Galdós*, Crítica, Barcelona, p. 445 y ss y Dendle, B. (1980): *Galdós. The mature thought*, The University Press of Kentucky, Lexington, p. 151 y ss.

<sup>75</sup> En esta fábula regeneracionista, Carlos de Tarsis, Marqués de Mudarra, sufre una milagrosa conversión tras una peregrinación por las tierras de Castilla, España eterna y trabajadora. El antiguo terrateniente, transformado en el obrero Gil, se une a la maestra Cintia-Pascuala. De su unión nace Héspero, símbolo de una nueva generación que se apresta a la lucha por desencantar y regenerar al país. Cfr. Pérez Galdós, B. (2000): *El caballero Encantado*, Cátedra, Madrid.

<sup>76</sup> Suárez Cortina, M. (2006): *La sombra del pasado. Novela e historia en Galdós, Unamuno y Valle-Inclán*, Biblioteca Nueva, Madrid, p. 90. Rodríguez Puértolas se pronuncia en idéntico sentido, si bien se remonta a 1885-87 y la redacción de *Fortunaza y Jacinta*. Cfr Rodríguez Puértolas, J. , *op. cit.*

que funda el orden existente. En medio de una doble crisis de identidad y de legitimidad<sup>77</sup>, el escritor nacional deposita sus esperanzas desesperadas en aquellos que estaban, a un tiempo, en el interior y en el exterior del cuerpo político.

En 1899 habían transcurrido casi treinta años desde que empezara su carrera como novelista y, sin embargo, continuaba mostrando inclinación por las metáforas animalescas que había aprendido de la literatura *anti-Communard*. Lo que habían cambiado los años era el término de comparación. El pueblo-y no los muchos, la multitud o el proletariado- era “el *burro* de las cargas, el sostén de cuando allí existía (...), el único guerrero que guerreaba, el único político que dirigía, con rudeza y desatino, eso sí, pero con fuerza. ¡Viva la fuerza, sea la que fuere!<sup>78</sup>”.

Este pueblo del que habla Galdós en *Luchana* no es, exactamente, la nación en armas que protagoniza el relato del origen. Es lo que queda de virtud tras la caída, es una postura moral. Su virtud es virtud de infancia. A este pueblo-niño no se le cree capaz de una difusa conciencia de emancipación, ni siquiera tan difusa como la difusa conciencia de injusticia<sup>79</sup> que se le había reconocido tradicionalmente. En la epopeya nacional-especialmente, a partir de *España trágica* (1909)<sup>80</sup> - se procedía como en geología: se buscaba el calor, la energía, en las capas más bajas<sup>81</sup>. De este pueblo-

---

<sup>77</sup> Balfour, D. (1997): *El fin del imperio español*, Crítica, Barcelona, p. 78.

<sup>78</sup> Pérez Galdós, B. (1995): «Luchana», *op. cit.*, III, p. 359.

<sup>79</sup> Álvarez Junco, J. (1990): “Cultura popular y protesta política”, en VVAA, *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l’Espagne contemporaine*, Presses Universitaires de Vincennes, Saint-Denis, p. 159.

<sup>80</sup> Como he dicho, Galdós comienza descargar al pueblo de las culpas con la citada metáfora del burro en *Luchana* y, un poco más tarde, con el pueblo como víctima de la ignorancia en *La revolución de julio* (que pertenece a la IV serie y describe, entre otros acontecimientos, la Revolución de 1854), escrita en 1904: “No es el pueblo quien da forma de embudo a las leyes, ni quien envenena las aguas del Poder en su propio manantial.” En *La revolución de julio*, *op. cit.*, IV, p. 415. Este proceso de exculpación llega a su culminación con *España Trágica* y la narración de la muerte de Prim. Fracasad el proyecto de las clases medias liderado por un verdadero hombre de Estado, Galdós se refugia en el pueblo-vector. Para un análisis detallado de la figura de Prim en el conjunto de los *Episodios* cfr. Suárez Cortina, M. (2006), *op. cit.*, p. 92 y ss.

<sup>81</sup> Michelet, J. (1974), *op. cit.*, p. 141.

vector<sup>82</sup>, de sus “entrañas bárbaras”, se esperaba la venida de “nuevos hombres de quienes” Proteo Liviano<sup>83</sup> (*Amadeo I*) pudiera “referir acciones altas y nobles.”<sup>84</sup> La vida, en el sentido biológico del término, se convertía en el verdadero modo de narración de lo político. Ni 93, ni 71, ni 1 de mayo. La futura revolución española sería re-generación, literalmente, un nuevo nacimiento<sup>85</sup>. Y en la modesta figura del rucio se reconocía a los hijos de “soldaditos y criadas” el tesoro que había en ellos: la Constancia, el Valor o el Patriotismo. Virtudes todas ellas de un pueblo sin adjetivos que evitaba el conflicto de clases y devenía sujeto de soberanía de la España armónica con la que soñaban los krausistas<sup>86</sup>.

Una cosa era predicar la fraternidad “de grandes y chicos” y otra muy distinta responder a la exigencias de Anselmo Lorenzo. Éste, en 1914, desde *El Liberal de Barcelona*, pedía al insigne autor que escuchara “la voz de un obrero” e incluyera en la gloriosa colección un episodio que bien “pudiera titularse *La Internacional*”. “Este proletariado español que derrama su sudor en el campo y en la fábrica y su sangre en las guerras civiles y coloniales (...) necesita y merece la pluma de un buen cronista.

---

<sup>82</sup> Serrano, C. (2000): *El turno del pueblo. Crisis nacional, movimientos populares y populismo en España (1890-1910)*, Ediciones Península, Barcelona, p. 304 y Pessin, A. “Le mythe du peuple au XIXe siècle”, en Desbrousses, H. (2003), *op. cit.*, p. 91.

<sup>83</sup> También llamado Tito, es el narrador de la quinta serie. Galdós juega con el nombre del gran historiador romano con la idea de crear un cronista acorde con el tono de la historia que relata, una historia ligera y pequeña. Sus diálogos con Mariclío (venga ésta con contornos o con zapatillas) dan una idea bastante acabada del concepto de historia en Galdós. Cfr Pérez Galdós, B. (1995), *Amadeo I*, V, *op. cit.*, p. 266 y ss y 281 y ss.

<sup>84</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Amadeo I”, *op. cit.*, V, p. 284.

<sup>85</sup> Para una definición biológica de la revolución cfr. Pérez Galdós, B. (1995): «La revolución de julio », *op. cit.*, IV, p. 415, “Prim”, IV, *op. cit.*, p. 971. La biblioteca de Galdós estaba bien nutrida de autores regeneracionistas: Azcárate, Costa, Macías Picabea, Gener, Alba. Cfr Berkowitz, P. (1951): *La biblioteca de Benito Pérez Galdós*, Eds Museo Canario-CSIC, Madrid, p. 67. De otro lado, fue amigo cercano de Costa, hasta el punto de que éste le envió una copia del manuscrito de *Oligarquía y Caciquismo*, antes de su discusión en el Ateneo. Cfr Varela, A. (2001): *Galdós regeneracionista*, Fundación Universitaria Española, Madrid, p. 57.

<sup>86</sup> Los llamamientos a la fraternidad de clases son frecuentes a partir de 1898. Así, se puede leer en *De Oñate a la Granja* (*op. cit.*, IV, p. 249): “Hermanados grandes y chicos en una masa, la revolución... es un hecho”. Y también en *Amadeo I* (*op. cit.*, V, p. 267): “laborando de consuno las capas de abajo y las capas de arriba se abrigarán recíprocamente.”

Quizá Galdós pueda satisfacer esa necesidad, por *no decir reparar esa falta*<sup>87</sup>.” El amor del vecino de Madrid “por las muchedumbres desvalidas y trabajadoras<sup>88</sup>” no llegó a tanto. Galdós concebía lo político como un espacio que no era, desde luego, el de la Restauración; pero tampoco lo era una República que descansara sobre la hipótesis de la capacidad política del gran número. Sólo dejaba una concesión al futuro: “¿Tardará meses, años, lustros; tardará siglos? (...) Que a mí no me coja es lo que deseo<sup>89</sup>” Su espacio político era distinto. *Los Episodios Nacionales*.

---

<sup>87</sup> Cit en Botrel, F. (1973): “Benito Pérez Galdós, ¿escritor nacional?”, en VVAA, *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*, Ediciones de Exmo Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas, p. 72.

<sup>88</sup> Carta de Galdós a Don Alfredo Vicente, Madrid 6 de abril de 1907, *El Liberal y El País*, 6 de abril de 1907. Cit en Fuentes, V. (1982): *Galdós, demócrata y republicano (escritos y discursos 1907-1913)*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Santa Cruz de Tenerife, p. 51. He de subrayar que el discurso del Galdós de las intervenciones públicas es mucho más radical que el del autor de los *Episodios*.

<sup>89</sup> Pérez Galdós, B. (1995): “Las tormentas del 48”, *op. cit.*, IV, p.107.

